

INTRODUCCIÓN

En algún lugar del tiempo y del espacio existe un pequeño lugar que sus habitantes le llaman “Daje”.

Esta es el Mito de los personajes y los héroes que hicieron posible la transición de un tiempo oscuro al luminoso. Es el Mito del advenimiento de una nueva edad.

EL DESTINO LLAMA A LA PUERTA



Dentro de un viejo e imponente castillo, que recordaba glorias antiguas, de una de las regiones más fuertes y prósperas del Daje de aquellos tiempos, se encontraba un amplio desván. Para entrar en este, se lo hacía a través de una pequeña puerta, como de un metro cincuenta de alzada, inclinada de tal manera que dificultaba mucho el ingreso, si alguien atinaba a ubicarse frente a ella encontraba que a pesar de que con la punta de sus pies topara el marco inferior, el dintel superior estaba un poco más allá de su brazo estirado. Para abrirla tenía que inclinarse a tomar la agarradera y jalarla hacia sí y la derecha, si alguien lo hacía, se encontrando entonces con que la posición de su cuerpo era bastante precaria, y que el peso de la puerta amenazaba con hacerle perder el equilibrio y caer de nariz contra los macizos tablones que la formaban. Si algún osado lograba abrirla sin dar con su peso sobre la puerta, se encontraba en seguida con nueve gradas tan angostas que a duras penas podía entrar un pie de talla mediana y dejando los dedos en el aire, pero esta dificultad no era la única, pues se complicaba más el acceso al descubrir que el alto entre escalones era como el doble de los normales, y que además la pesada puerta, por estar inclinada de aquella particular manera, tendía a regresar abruptamente sobre su marco, lo que, a no pocos curiosos, les causaba fuertes contusiones por el tremendo golpe en la cabeza o la espalda y su consiguiente rodada de gradas.

Esta era la única vía de acceso, y por las condicionasen que presentaba, quedaba claro que el habitante de ese reducto poco o nada le interesaba tener visitantes.

Pero si la persona había podido entrar con la cabeza completa, se encontraba envuelto en una tenue luz producida por la única cuatro antorchas de grasa animal, mezclada con algún menjunje que le hacía arder el fuego por mucho más tiempo, que pendían en cada una de las cuatro esquinas.

Una vez que los ojos se acostumbraban a la semipenumbra, podía verse, justo al frente de la entrada, un cuadrado de unos ochenta y cinco por lado, carecía completamente de marco. En el dibujo podía distinguirse dos valles, una cúpula, un sol, un árbol gigantesco, que en conjunto con otros detalles más la semioscuridad, le hacía muy interesante. A los dos lados del cuadro colgaban algunos atados de hierbas, un par de vasijas, y el cráneo de algún animal cornudo, por lo demás era pared desnuda y rústica.

El muro que daba al lado Este, estaba cubierto hasta la mitad de estanterías que almacenaban frascos y cajitas de diversos tamaños, adamas libros colocados e aparente desorden y hojas. Frente a los estantes se encontraba una gran mesa, como de siete metros de largo por cincuenta centímetros de ancho, sobre esta descansaban un sinnúmero de cosas, entre ellas, pebeteros, tubos de cristal, pipetas, papeles con dibujos, papeles con escritos, etc.

En la pared a la que estaba pegada la puerta y a su lado izquierdo se podía ver una especie de horno y algunas pailas, y a la derecha de la puerta, un gigantesco armario de madera tallado con enredaderas y flores, custodiaba la entrada.

En el centro de la habitación había un caldero a manera de copa que se alaba un metro veinte del piso, en su parte superior se habría una cavidad de unos ochenta centímetros de diámetro, en su interior siempre podía encontrarse carbones de rara constitución, no eran completamente negros, sino que tenían algunos tientes plateados, esta gran copa estaba asentada directamente sobre el piso, piso en el cual se podía divisar a todo su largo y ancho, el dibujo de un laberinto, en cuyo centro descansaba la crátera.

En el centro de techo estaba pintado un círculo de unos dos metros de diámetro y de color celeste cielo, dese su límite perimetral hacia afuera estaban pintadas nubes blancas, al final de esto

estaban pintados una serie de seres alados, sobre un fondo azul mucho más fuerte. En el centro del vértice que formaba la pared del oeste y el techo, había una protuberancia de, aproximadamente, ochenta centímetros de diámetro, pintada en un fuerte color amarillo; tanto así que parecía tener luz propia, en esta pared se podía ver muchos dibujos raros, y piedras bien pulidas incrustadas en la pared, justo debajo del sol había un hombre desnudo con brazos y piernas abiertos, su vista la tenía puesto directamente al frente. Aproximadamente un metro frente a esta pared resaltaba una impresionante silla, asentada sobre una pequeña tarima cuadrada de veinte centímetros de alto, éste sitial tenía un espaldar como el doble de tamaño del tronco del más grande y corpulento posible ocupante, igual de grande era el asiento así como los brazos y las patas, estas últimas describían una forma de ese. Por lo demás era sencillo y carecía por completo de adornos o grabados, pero denotaba una solidez a toda prueba, recio y fuerte. Carecía de juntas, clavos o remaches... era directamente tallado de un solo tronco.

Cualquier persona que se sentara ahí quedaría holgadamente orientada con el rostro hacia el Este, la espalda hacia el Oeste, el Norte a su izquierda con el sur a la derecha.

Sobre aquel gigantesco mueble descansaba un hombre de avanzada edad, sus blancos y moderadamente largos cabellos acusaban muchos años y mucha experiencia, los peinaba completamente hacia atrás, llevándoles a caer hacia la nuca. De frente ancha, con profundas ensenadas donde su mente se alimentaba de las naves del conocido que hacia él habían llegado a lo largo de su vida.

A pesar de los años que podía denunciar su pelo, sus facciones y las zanjas que sus vivencias habían hecho en su rostro, no se veía como un viejo decrépito, al contrario, su rostro en general podría intimidar, y hasta provocar cierto grado de temor.

Sus cejas blancas enmarcaban unos grandes ojos oscuros que despedían una penetrante mirada, aunque podía detectarse un dejo de melancolía en ella, su nariz era recta, aun que un poco curvada hacia adentro al final, su boca era amplia de labios parejos a pesar que cuando se ponía muy pensativo, el labio superior parecía aumentar su volumen.

El hombre estaba sentado en el sillón de tal manera que apoyaba

el codo de su brazo derecho sobre el del mueble, mientras que con la mano sostenía su cabeza, su pierna derecha permanecía estirada, mientras que la izquierda estaba recogida hasta topar la pata del asiento. Su brazo izquierdo se apoyaba con la palma abierta sobre el muslo del mismo lado.

Sus pies calzaban unas sandalias que por sus aberturas dejaban ver unos trozos de tela felposa que hacían las veces de calcetines. Le cubría un pantalón de cuero de un color oscuro, de sus hombros colgaba una camisa blanca unida únicamente por tres botones ubicados cada 15 centímetros aproximadamente, llevaba además un sobretodo negro de gruesa lana... casi podría decirse que era paño, que le cubría hasta unos centímetros más debajo de las rodillas, esta prenda tenía una capucha y mangas anchas, de la altura de la cintura pendía una cinta, del mismo material y color, con la que podría amarrarse si así lo quisiera.

Todo su cuerpo estaba enfocado hacia el Este, mantenía la cabeza baja mirando hacia la esquina que forman la pared frontal y la de la izquierda, sus profundos ojos se hallaban fijos en la última grada.

Su expresión hablaba de años de esfuerzos, de trabajos, de desarrollos y conquistas; y de todo lo que había hecho en la vida, y todo lo que aún esperaba hacer. De todo él, a pesar de la penumbra reinante, destacaba un brillo que no iluminaba, un “aire”, una irradiación que casi podía tocarse con las manos.

Ahora ha regresado a ver a la gran copa central, una tenue melancolía brota de sus ojos como vapor de agua cuando esta se calienta. Entrecerró sus ojos quedamente y en ese instante alguien golpeo la puerta. Esperó inquisitivo unos segundos, hasta que volvió a sonar.

—Adelante — dijo.

Un muchacho de alrededor de 17 años, abrió la puerta y entró corriendo escaleras bajo para evitar el portazo en su nuca, luego disminuyó de golpe su atropello y continuó su aproximación hacia el viejo de manera queda aunque traviesa, llevaba las manos ocultas tras de sí.

Era blanco, sus cabellos negros, ensortijados y largos, los peinaba recogién dose hacia atrás los pelos de los costados y la parte

superior de su cabeza, mientras que los que tenía en la nuca los dejaba caer libremente, su cejas medianamente pobladas se suspendían sobre unos ojos grandes y vivaces de color negros, una nariz era marcada y terminaban en una graciosa bola. Sus pómulos eran salientes y gruesos, bajo ellos unas mejillas cuadradas se unían sobre una boca muy proporcionada, y remataba al final con una quijada cuadrada, aun que no muy ancha.

Su contextura era atlética, y su tamaño estaba sobre la media de su gente, tenía brazos y piernas fuertes. Cubría su cuerpo con una especie de blanca túnica de delicada piel, calzaba unas botas también de piel pero mucho más gruesas y de color café. La túnica cubría sus brazos holgadamente, y estaba adornada en el pecho por cuatro broches de metal dorado.

—¿Qué haces Ahtron?— preguntó cuando estuvo a un par de pasos del anciano. Este abrió los ojos mucho más y le respondió.

—Te observo.

—¿y qué ves?

—Buena madera que se llena rápidamente de musgo— le dijo arqueando un poco las cejas, como quien sabe qué es lo que pasa y sabe también qué puede ayudar pero que, por alguna razón, está impedido.

—No entiendo— contestó el muchacho después de unos segundos de tener la frase en su cabeza.

—Seguramente el musgo comenzó a crecer por tu entendimiento.

Ahtron, que así se llamaba anciano, tenía una extraña consideración al joven, a pesar de verle como un muchacho atolondrado y sin mayor formación por su familia, en muchas ocasiones había actuado con una nobleza extraordinaria y trasluciendo virtudes extrañas a su familia, posición, y en general para toda la gente de aquel entonces.

El chico quedó pensativo unos momentos y después cambió bruscamente de tema.

—Vengo a contarte algo — dijo.

—¿Por qué?

—Porque estoy descontento con eso.

—¿Y qué será? —diciendo esto se recostó sobre el espaldar del

gigantesco sillón, luego puso sus brazos sobre los del mueble y se dispuso a escuchar.

—Desde que cumplí los quince años se le metió a mi padre la idea de educarme, y me ha fastidiado con eso, pero hace dos meses las cosas se han complicado más, pues me tiene aburridísimo con ese cuarteto de ineptos.

— ¡Muchacho!

—Ya no soy un muchacho, soy un hombre.

—Que no se te olvide que estuve en tu fiesta de integración. Pero te digo que hace falta mucho más que cumplir los quince años y asistir a tu primer bacanal, para convertirse en un verdadero hombre, aquel rito ayuda a que dejes definitivamente la adolescencia y entres en el camino para hacerte hombre. Pero solo caminando por el te haces tal, pero nunca por las borracheras y orgías a las que hayas asistido, ni siquiera por que otros que se llaman a sí mismos como hombres te tomen en cuenta. La hombría de bien se gana y cuesta mucho esfuerzo, gran parte de los que ahora se llaman hombres no pasan de ser muchachos malcriados e intemperantes. Por otro lado tus maestros te fueron impuestos por una decisión del rey, y el rey siempre tiene la razón.

—¡No tiene razón!, esta es la ventaja que tengo por ser su único hijo, no hay otra persona en el reino que pueda decir que mi padre no tiene razón sin riesgo de perder la cabeza.

—¿Y si dices que no tiene razón el rey, es de suponerse que tú sabes que sería preferible no educarte o educarte de manera distinta?.

—Claro... no con esos inútiles.

—¿Entonces quienes crees tú que deberían ser tus educadores?

—¡Usted!

—... yo no soy un educador —le dijo el viejo después de pensarlo unos segundos, y luego de una pausa continuó.

—Además, ¿Qué podría enseñarte un anciano como yo?

Al muchacho le pareció incomprensible esta última frase de Ahtron, pues él sabía que aquel hombre tenía un conocimiento que no atinaba a comprender, y ni siquiera vislumbrar su profundidad.

—Seguramente muchas y mejores cosas que aquellos cuatro —contestó.

—A tu padre no le gustaría que entres como mi aprendiz.

—La opinión de mi padre al respecto, me tiene sin cuidado, no debería ser de igual manera contigo ya que me has dicho alguna vez que: el maestro enseña a pesar de todo.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del anciano antes de responder.

—Ahora usas mis palabras para convencerme, entonces yo te diré que antes de que el artesano comience a tallar la madera... elige la mejor.

—... creo que te refieres a mí cuando hablas de la madera.

—Y crees bien.

—Entonces prometo desde ahora en adelante ser el mejor madero que hayas encontrado.

—Los madero no pueden elegir ser pinos, cipreses o eucaliptos... simplemente son lo que está intrínseca en su propia naturaleza, pero supongamos que la madera pueda elegir cambiar. Estamos hablando de un madero que no está virgen, es decir que no está en bruto... bueno me refiero a que ya hay ciertos tallados. Entonces tocaría pulir y componer lo que ya está hecho.

—¿Usted puede hacer eso? ¿o no? —le increpó el chico.

—Sí y no.

—¿Cómo es eso?!

—Puedo instruirte, pero por un lado, eres el príncipe heredero y por otro las enseñanzas que buscas te apartarán tanto de lo que has estado acostumbrado hasta ahora que no lo vas a resistir. Es muy difícil y complejo.

El muchacho se cogió la cabeza entre sus manos y caminó unos pasos como si pensara en tomar una decisión, luego metió la mano dentro de la prenda que traía puesto y sacó un libro que denotaba ser muy antiguo, pero a pesar de su edad estaba bien tenido, lo extendió al anciano descendiendo:

—Mire Ahtron, he tratado de adentrarme en ese conocimiento solo, he tratado de encontrar otra manera de pulirme a mi mismo, pero no entiendo... ¡no entiendo!

—¿De dónde sacaste esto?— pregunto después de haberlo hojeado.

—¡Eso no importa, debería interesarse más en mi deseo de

aprender que en soso detalles! —dijo levantando ligeramente el tono, siendo consecuente con sus sentimientos.

—¿Quieres seguir el camino?, entonces una de las primeras cosas que debes aprender es a controlar tu temperamento.

— ... En alguna ocasión tuve la oportunidad de sacarlo de entre sus libros— respondió el chico después de controlarse un poco.

El anciano le quedó viéndolo fijamente con un rostro sumamente inexpresivo, sin decir palabra. Y continuó el muchacho.

—No podía haber hecho otra cosa, si le hubiera pedido de seguro no me lo daba... ¿o sí? —El anciano movió la cabeza negativamente y el chico le increpó—. ¡Lo ve!, y si quería aprender era la única manera de hacerlo.

Entonces caminó hacia el centro de la habitación con las manos cruzadas tras de sí, mientras tanto el anciano no le quitaba los ojos de encima, lo siguió hasta que se paró muy cerca de la carretera central, y regresando la mirada hacia el viejo le dijo: — por aprender de usted sería capaz de meter las manos en estos carbones así estuvieran encendidos— dicho y hecho, metió su mano derecha en el carbón apagado, pero apenas su mano se perdió entre los negros tizones, éstos se encendieron abruptamente produciendo una llama blanquecina que alumbró toda la estancia, e instintivamente sacó su mano.

El anciano frunció el entrecejo y se paró lentamente, hasta alcanzar toda su estatura, bajó la pequeña tarima donde estaba y se acercó extrañado y meditabundo hacia la hoguera, al estar cerca tomo la diestra del mancebo, la tocó, la vio, la olió, luego se fijó dentro del fuego, que casi alcanzaba el círculo medio dibujado en el techo, se cercioró que los carbones en verdad ardían, por demás intrigado y sin quitar la vista de las flamas preguntó al muchacho.

— ¿Cómo lo hiciste?

—¡Le juro que no hice nada!, solo metí la mano y se encendió — le respondió aún perplejo.

—Cuando bien a tus tierras, serán hace unos seis años, y fabriqué esta crátera, te hice topar algunas veces estos carbones, y jamás se encendieron... ¿Por qué ahora sí?

El viejo rodeo quedamente por la izquierda la cratera escudriñando en las ascuas y en la flama, como tratando de comprender.

—¿Qué pasó Ahtron? —preguntó el muchacho.

—No lo sé... sería mejor que te retires ahora, mañana te estaré esperando para conversar un poco más, no digas nada de lo que aquí ha sucedido, a nadie, y recuerda que te estaré esperando.

El joven asintió y salió. Tras de él solo quedó el fuerte y seco golpe del portazo que inmediatamente dio paso a un yermo silencio que invadió abruptamente todos los rincones del salón.

El anciano contempló por unos momentos las llamas que se iban apagando paulatinamente. Se tomó el mentón pensativo, una leve sonrisa se iba dibujando en su rostro y paulatinamente se agrandaba hasta que cerró los ojos y se tomó la cabeza con las dos manos, como si hubiera recordado algo que le llenaba de alegría.

—¡Claro! —Se dijo—. El muchacho era demasiado joven en aquellos días para que sus semillas sean representativas.

Caminó presuroso hacia el armario, sacó una llave de algún recoveco de su vestimenta, la introdujo en la cerradura, abrió la puerta, y de la parte más alta extrajo un antiquísimo libro, sacudió el polvo, cerró el armario, y se dirigió a la mesa y apoyó el vetusto libro en ella, y empezó a hojearlo buscando algo. Aproximadamente había recorrido dos terceras partes del texto, cuando, dando un golpe sobre él, afirmó que había encontrado lo que buscaba, era el inicio de un capítulo, sobre la hoja podía leerse: “seiscientos años durará las tinieblas en este mundo, seiscientos años la barbarie se apoderará de este mundo, seiscientos años reinará la tiranía y la oclocracia en este mundo, hasta que la mano sin mácula del delfín de poderosa corona, inflame la crátera del espíritu unificador, del Dios de la Sabiduría “Valsín”. Al instante, de toda ánfora consagrada, soltarán lenguas flamígeras haciendo conocer a los que conocen. Esa es la voluntad de los inmortales, y esta la señal del comienzo del fin”.

Ahtron, hojeo otra vez unas pocas hojas más, se detuvo y leyó lo siguiente: — “¡Ahora oye tú!, eterno estudiante del conocimiento, honorable Valsiner, Desde el momento que viste saltar la flama de su palma eres su maestro. Se impecable con él, se amoroso y justo con él, no lo estropees ni mal eduques, pues sabes que lo que tiene que saber esta dentro de él. Reconoce tu tarea, te puliste para pulir, te formaste para formar, el fuego que prendió la crátera está presente en él, permítelo salir. La antorcha de “Haguvan”, no podrá ser levantada por un mal educado, por alguien que tiene desorde-

nado sus pensamientos y emociones, por alguien que tiene estropeadas sus partes, su tarea no es para un hombre normal... Su unidad debe ser guiada por Valsin pues solo así podrá cumplir su trabajo.”

“Ahora oíd todos vosotros que visteis arder espontáneamente vuestras cráteras, desde éste momento sois colaboradores de su maestro y aliados del elegido, aquel que os dio la vida reclama que la pongáis ahora a su servicio, y no escatiméis esfuerzos para lograrlo.”

“¡Maestro!, deberéis sacar intacta la flor de entre la maleza, y todos velareis por cada uno de sus pétalos.”

“El maestro le preparará y todos ayudareis y en su camino podrán acompañarle hasta la inmediaciones del monte donde se esconde la luz, hasta las faldas únicamente el maestro, aquí se despedirán. Ahora seguirá él solo, dios y bestia, héroe y bárbaro, aquel que estuvo desde el comienzo, uno y doble, seguirá hasta la boca de las entrañas, y aquí la ablución se consumará. Hacia adentro solo uno, sólo el héroe, solo el dios.”

“Prestad atención, me ha sido autorizado indicar el lugar donde se oculta la antorcha, para que conozcan los que conocen. Las entrañas del coloso resguardan el fuego sagrado, éste gigante reposa impertérrito acariciado sus flacos por su esposa “Danef”. Es el monte de Ahguvan, el que primero lo ve. Hay dos entradas, la primera bajo su cuerpo, es la falsa entrada, la segunda donde el cielo se une con la tierra. Aquí “Betnunt” se hará presente. Su poder se manifestará más espectacular que nunca, y esta será la señal esperada. El elegido tendrá que llegar a la entrada en el momento preciso y en el instante justo, si así lo hace, “Hegres”, bailará para él, y recorrerá sus velos mostrando la entrada. ¡Corre!, sin pérdida de tiempo, de lo contrario se cerrará y no habrá poder sobre este mundo que lo pueda volver a abrir hasta que se cumpla un ciclo más.”

“Mas, no sé nada, y nada más puedo decir, solamente que de ahí en adelante únicamente depende de él, de las enseñanzas que recibió y como las asimiló, es el héroe y su obras, es dios y su creación.

“Para entonces mi cuerpo se habrá unido a “Hegres” y segura-

mente las otras tres partes restantes estarán donde deban estar... pero yo estaré junto a ustedes en esos momentos.”

“Si habéis llegado a esta parte por curiosidad infantil de los que va a pasar mañana, puedes seguir. Si lo has hecho para confirmar lo que ya sabías... ¡Maestro deja estas hojas a un lado y empieza tu trabajo!”.

Cerró el texto y lo guardó en el armario, luego se encaminó hacia el sillón, se paro frete a él y dándole la espalda cerró sus ojos, bajó la cabeza y levantó sus brazos hasta que quedaron a noventa grados de sus antebrazos, abrió las palmas hacia adelante, con los dedos apuntando hacia el techo. De esta manera se mantuvo un instante callado, luego rompió el silencio con una voz baja, apenas perceptible y dijo:

—Cumpliré vuestra voluntad, seré más impecable que nunca— después recogió sus manos hacia el pecho, y con paso lento recorrió la habitación. En su rostro había una extraña mezcla de alegría y nostalgia. Así agradeció y despidió de todo lo que le había acompañado desde hace muchos años hasta entonces con tenues palabras vertidas desde su corazón. Deseaba guardar todo eso en su mente, honrando su historia, su pasado, su formación, sus esfuerzos, sus luchas. Ahora los dioses le ponían ante un nuevo desafío que pondría en juego todos los duros años de preparación, Ahtron estaba dispuesto, listo a ofrendarse en sacrificio.

Todo el resto de la tarde y parte de la noche ordenó algunas cosas, leyó otras, era cerda del la media noche cuando decidió que era momento de retirarse adormir, para entonces había dejado su melancolía atrás, su historia olvidada y asimilada.

El Muchacho no había dejado de pensar en lo que había sucedido. Su padre calificaba a Ahtron de viejo loco que seguía creyendo en supersticiones y que para suerte aun no se habían tornado peligrosas, de lo contrario lo hubiera mandado a matar como hace años sucedió con su antecesor. El chico pensaba que a pesar de lo loco que su padre podía decir que estaba ese hombre, no había visto ojos con tal fuerza, con tal brillo, no había escuchado voz que inundara con tal sabiduría como la de aquel, no sabía de dónde venía ese halo de poder que brotaba de su sola presencia... Recordaba que muchas veces, en reuniones de extremo bullicio y jolgorio, de pronto